

Benito Juárez

***Documentos,
Discursos y Correspondencia***

Tomo 9, capítulo CXL

Selección y notas de
Jorge L. Tamayo

Edición digital coordinada por
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Tomo revisado y anotado por
Carlos Sánchez Silva

Versión electrónica para su consulta
Aurelio López López



Año 2006

Tomo 9, capítulo CXL

**Anotado y revisado por
Carlos Sánchez Silva
(UABJO)**

**con la colaboración de
Maira Cristina Córdova Aguilar**

Capítulo CXL

**Tensa situación entre el clero y
Maximiliano**

Enero a marzo de 1865

CAPÍTULO CXL

TENSA SITUACIÓN ENTRE EL CLERO Y MAXIMILIANO

Enero a marzo de 1865

Al iniciarse el año de 1865, Maximiliano se encontraba en franca pugna con el clero como hemos visto en capítulos anteriores y, para completar el panorama desfavorable, se empezaron a hacer preparativos para la salida del primer contingente de tropas francesas que debía volver a Europa, según lo pactado por el tratado de Miramar.

En franca tirantez, Maximiliano expide el 7 de enero un decreto, cuyo párrafo ejecutivo era el siguiente "Los breves, bulas, rescriptos y despachos (del Vaticano) se presentarán a nos por nuestro ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, para obtener el pase respectivo".

Pocos días después, el 19 de enero, el nuncio dirige al ministro de Negocios Extranjeros una protesta en que niega a Maximiliano el "plácito regio" y poniéndole de modelo al propio zar de Rusia, termina "pluguiera a dios que el ejemplo del piadoso monarca fuese imitado por los gobiernos que tienen la ventaja de profesar la religión católica, apostólica y romana".¹

Miramón sale rumbo a Berlín el 8 de noviembre de 1864, para ir a estudiar ciencia militar y, para sustraerlo a la perniciosa influencia del clero Maximiliano envía a mediados de diciembre del mismo año al general Leonardo Márquez, fuera del país, encargándole vaya a saludar al sultán de Turquía y a establecer un consulado y un convento de franciscanos mexicanos en Jerusalén.

¹ Genaro García, *Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos*, México, 1907, tomo XIII, p. 257 y ss.

Maximiliano se apresura a comunicárselo a Napoleón al iniciarse enero, dentro de una carta en que culpa al nuncio de la situación creada, que lo obligará a actuar con energía.

La respuesta del ministro imperial de Negocios Extranjeros José Fernando Ramírez a la nota del nuncio del 29 de diciembre es cáustica, francamente agresiva y muestra qué honda es ya la separación entre el imperio de Maximiliano y el Vaticano.

Carlota escribe también a la emperatriz Eugenia comentando la situación, reconoce que es tensa, pero que es consecuencia de la conducta del nuncio. Su carta del 9 de enero pone en solfa a todos y dice finalmente que "la extrema liberal grita que la idea de Juárez ha triunfado".

El 27 de enero Maximiliano escribe a Napoleón III una carta en que plantea la inconveniencia de la reducción del ejército francés. Señala que, para continuar el sitio de Oaxaca, en donde ha quedado cercado Porfirio Díaz, el mariscal Bazaine necesitará refuerzos. Aborda también diversas cuestiones político militares, entre otras, la interpretación del tratado de Miramar, que hace que las tropas mexicanas queden bajo las órdenes de oficiales franceses.

Simultáneamente Carlota escribe una carta a la emperatriz Eugenia en que se muestra agresiva y francamente descontenta del clero mexicano. Pero además afirma que el Papa tiene buen humor, pues ha dicho que él tiene jefatura. Carlota considera que esto se confirma, pues desde que el nuncio, su representante, llegó a México "no tenemos más que disgustos y esperamos muchos más para un futuro cercano". Concretamente considera que el clero está decidido a oponerse a las disposiciones del emperador.

Reconoce que en cierto modo los conservadores tienen razón al estar quejosos "pues con el reconocimiento de las Leyes de Reforma nos hemos atraído la inquina de los conservadores". Aun se ha dado este paso, pero esta carta hace suponer que ya estaba decidido lo que se haría un mes más tarde. Finalmente comenta con sorna que Bazaine no ha podido tomar Oaxaca.

Ante el curso de los acontecimientos, Maximiliano resuelve enviar el 29 de enero una comisión al Vaticano de la que forma parte el obispo Ramírez y que encabezará el ministro de Estado Joaquín Velázquez de León. Se le informa al ministro del imperio ante el Vaticano para que lo auxilie.

Carlota continúa escribiendo a Eugenia unas deliciosas cartas, por su estilo y mordacidad, en que relata con franqueza la verdadera situación del imperio.

Al finalizar febrero envía Carlota una nueva carta a Eugenia que comienza reconociendo que no moja su pluma en tinta negra. Ha caído Oaxaca, ha muerto Antonio Rojas, el famoso guerrillero jalisciense; Nicolás Romero el guerrillero que amagó las afueras de la ciudad de México, ha sido capturado y más tarde también será fusilado.

Carlota está contenta, pero no relaciona la ola favorable a la primavera que se anuncia; no piensa que los nuevos pensamientos surjan "por el aire de felicidad que se expande en la naturaleza".

Para acabar de completar los ingredientes de esta explosiva situación expide la Ley de Tolerancia de Cultos que hemos creído conveniente reproducir a continuación:

Artículo 1º— El imperio protege la religión católica apostólica romana, como religión del Estado.

Artículo 2º— Tendrán amplia y franca tolerancia en el territorio del imperio todos los cultos que no se opongan a la moral, a la civilización, o a las buenas costumbres. Para el establecimiento de un culto se recabará previamente la autorización del gobierno.

Artículo 3º— Conforme lo vayan exigiendo las circunstancias, se expedirán los reglamentos de policía para el ejercicio de los cultos.

Artículos 4º— El consejo de Estado conocerá de los abusos que las autoridades cometan contra el ejercicio de los cultos y contra la libertad que las leyes garantizan a sus ministros.

Este decreto se depositará en los archivos del imperio, publicándose en el *Periódico Oficial*.

Dado en el palacio de México, a 26 de febrero de 1865."²

Ese mismo día se expide un decreto que no es sino la repetición en lo fundamental de los decretos expedidos en Veracruz por el gobierno liberal respecto a la nacionalización de los bienes eclesiásticos, el 12 de julio de 1859, suscritos por Juárez, Ocampo, Manuel Ruiz y Miguel Lerdo de Tejada.

Napoleón contesta el 1º de marzo varias cartas de Maximiliano, e inicia su misiva felicitándolo "por la energía que habéis demostrado en el asunto de los bienes del clero". Acepta que no se reduzca el ejército de ocupación y recomienda que no se dispersen las tropas francesas.

Ese mismo día Napoleón escribe a Bazaine autorizándolo a conservar las tropas que tiene; al mismo tiempo, le recomienda no las disperse. Le sugiere que ciertos puntos de concentración sean ocupados por el ejército francés, para que columnas formadas por mexicanos se muevan alrededor de ese centro, apoyándose en él.

Eugenia, coincidiendo con el tono de las cartas de Napoleón, escribe a Carlota dándole consejos respecto a la disputa que sostiene el imperio mexicano y el Vaticano y le confirma que, por el momento, no se reducirá el ejército francés.

Sigue el diálogo y ahora Carlota escribe a Eugenia manifestando su gran confianza en los Gales. Douay, L'Herillier y Brincourt y, entre líneas, critica a Bazaine.

Los arzobispos Labastida y Munguía no pueden quedarse callados frente a lo ocurrido y presentan el 1º de marzo una representación, que Agustín Rivera atribuye al segundo.

² Francisco de Paula y Arrangoiz, *México desde 1808 hasta 1867. Relación de los principales acontecimientos políticos*, tomo III, Madrid, 1872, p. 271.

Reproducimos a continuación párrafos selectos de ese interesante documento:

Mas cuando tal protección (a la Iglesia católica) está figurando precisamente al lado de la sanción de las Leyes de don Benito Juárez; cuando a la expectativa de todos aquellos mexicanos que apoyaron la intervención y proclamaron el imperio, no con otro motivo ni para otro fin que librarse de semejantes leyes, ha sucedido el desengaño consiguiente a su ratificación, las reflexiones que de aquí nacen abruman la inteligencia, los sentimientos que esto causa, comprimen el corazón y la palabra misma impotente para expresarlo y más todavía, para encarecerlo, parece expirar en los labios.

El arzobispo Munguía considera que hay contradicción entre el artículo primero de la ley en el que se establecía la protección a la Iglesia católica y otros decretos de Maximiliano por los que considera se despojaba a la Iglesia de sus bienes y se vulneraban otros de sus derechos, en el afán de fomentar la colonización; por ello replica así:

Y aun humanamente hablando, ¿qué clase de obras podía hacer un gobierno capaz de merecer el título de gracia, mientras permaneciesen violados sus deberes de justicia? Una buena palabra en la boca de quien hubiese acabado con una reputación, calumniando; un centenar de pesos ministrado por aquél que hubiese arruinado una fortuna inmensa; un abrazo de cariño seguido a los golpes despiadados y crueles que casi hubiesen orillado a la víctima al sepulcro, etc., etc.; todo esto, cualquiera calificación que merezca, considerado en abstracto, no es ni puede ser nada en relación supuesta.

¿Realmente alcanzaría esta nación grandes bienes de la inmigración extranjera? ¿Realmente debe ser el agente poderoso que transforme ventajosamente a nuestra sociedad y precise su movimiento desde la parálisis que hoy sufre, hasta el

doble vigor de la vida política y la vida social? Bien sabemos, señor, que falta espacio al pincel para dibujar toda la perspectiva encantadora y no parece sino que en pos de la inmigración vendrán a domiciliarse entre nosotros todas las ciencias, todas las artes, toda industria, todo el comercio, toda la civilización del viejo mundo.

¿Cuál sería el papel que estuviese reservado a los mexicanos en consecuencia de esa especie de aluvión precipitado sobre nosotros? ¿Un ser débil cambiará de temperamento porque le estrechen en sus brazos dos atletas? ¿Una industria que desfallece por medio siglo de abandono y locas preferencias al comercio extranjero, cambiará de situación para los hijos de México ante la industria improvisada e intransigente de los colonos que vengan?

Comprendíamos que se trataría de colonizar a México, porque no es nueva esta idea, pero de colonizarla sin cambio de caracteres constitutivos de la nación; como se robustece el cuerpo físico y mejora la condición de su cuerpo moral; como se impulsa y fomenta un giro; como se salva una situación; como se hace declinar a buena parte una peligrosa crisis; es decir, siempre a salvo y en pro del paciente, del dueño, del interesado, de aquel a quien se quiere favorecer, pero nunca a expensas, ni menos para su ruina.

Señor, si no hemos de ver embellecidas nuestras ciudades, mejor cultivados nuestros campos, poblados nuestros desiertos, sino para quedar los hijos de México en la peor de las esclavitudes, fe de la impotencia para sobreponernos al incremento de una población extranjera; si dueños de la casa hemos de ser, por nuestra desdicha, lanzados hasta los quicios de las puertas para contemplar las comodidades y el recreo de sus nuevos poseedores; en suma, si los bienes que se esperan han de ser sólo para el provecho de nuestros huéspedes y no nos han de servir a nosotros sino para hacer más punzante el sentimiento de nuestra miseria; si ha de transformarse todo este

suelo, pero los mexicanos hemos de andar en él como extranjeros en nuestra propia patria, mejor nos fuera, señor, estar siempre solos, tantearnos con nuestros propios recursos, explotar la necesidad para impulsar un progreso, todo nuestro y ser siempre la nación y no una parte de ella.³

Al iniciarse marzo, el ministro de Gobernación, con la mayor tranquilidad, como si no hubiera discontinuidad alguna, envía una circular a los prefectos políticos, llamándoles la atención porque no cumplían con la ley de 31 de julio de 1859, expedida en Veracruz por el gobierno liberal, sobre la secularización de cementerios. La vigencia plena de las Leyes de Reforma era pues notoria.

La pugna se traslada a Roma y el secretario de Estado del Vaticano, cardenal Antonelli, envía una enérgica nota al ministro Plenipotenciario de México en Roma refutando la carta de Maximiliano al ministro de Gracia y Justicia, señor Escudero, del 27 de diciembre. La nota es enérgica y terminante, lo que ya hace pensar que no será fácil que el Vaticano abandone su punto de vista y transija con los planteamientos de Maximiliano. Recomendamos al lector la lectura de este documento en el que con dulzura y suavidad se dicen frases duras e hirientes.

El nuncio apostólico, Pedro Francisco, eleva su protesta al ministro de Negocios Extranjeros de Maximiliano, por la vigencia de las leyes dictadas por el gobierno de Juárez que considera son contrarias y aun perjudican a los intereses de la Iglesia en México.

³ Agustín Rivera, *Anales mexicanos. La Reforma y el segundo imperio*, México, 1963, pp. 208-209.

DOCUMENTOS

Enero a marzo de 1865

MAXIMILIANO ALEJA A LEONARDO MÁRQUEZ DE LA
INFLUENCIA DEL CLERO

Chapultepec, enero 10 de 1865

A vuestra majestad, el emperador Napoleón III

Señor, hermano mío:

Acabo de fundar la nueva orden del águila mexicana, reservando a los soberanos la clase más elevada de esta condecoración, la gran cruz con el collar y mi primer pensamiento ha sido ofrecerla a V. M. en reconocimiento de mi fiel y profunda amistad hacia quien, con su apoyo moral y material, no cesa de darme pruebas de solicitud y afección desinteresada. Por lo tanto, he encargado a mi ministro en París, haga llegar a V. M. las insignias del águila mexicana, antes que a ningún otro monarca.

Las dificultades políticas y la irritación producida por la conducta deplorable del nuncio probablemente me fuercen a actuar con energía frente a algunos generales y quizás algunos dignatarios de la Iglesia que, siguiendo sus inveterados hábitos, aprovechan la ocasión para conspirar.

V. M. verá, sin duda, dentro de poco, al Gral. Márquez, a quien alejo momentáneamente de la escena para sustraerlo a la perniciosa influencia del clero, al que es muy adicto.

Entre las producciones naturales de nuestro golfo de Cortés, existe una que me ha parecido bastante curiosa como para ofrecérsela a V. M.: son las conchas de ostras con perlas, que me sentiría feliz de saber que están sobre vuestra mesa de trabajo, destinadas a recoger la ceniza

de esos agradables cigarrillos que tanto estimulan al trabajo y a la reflexión.

Ruego a V. M. me recuerde a la emperatriz y crea en los sentimientos de alta estimación y profunda amistad con que soy el buen hermano y amigo de V. M.⁴

Maximiliano

⁴ Original en francés.

CÁUSTICA RESPUESTA DEL MINISTRO IMPERIAL DE
RELACIONES EXTERIORES AL NUNCIO

México, enero 10 de 1865

(Al nuncio apostólico, arzobispo de Damasco)

Excelentísimo señor:

Recibí a su tiempo la nota de vuestra excelencia, fecha 29 del próximo pasado diciembre; mas, no permitiéndome las atenciones del momento contestarla, ni queriendo darle respuesta bajo el influjo de la penosa impresión que me dejó su rápida lectura, la diferí para hacerla con la calma y meditación que demanda un asunto de tan grave importancia y de tan incalculables trascendencias. Bien penetrado de ellas, reconocí, con no menos pesadumbre, que los deberes del puesto que ocupo, el respeto debido a la dignidad y autoridad del emperador y aun la conservación de la buena correspondencia, exigían no diera lectura a S. M. de una pieza, que, por sus formas, debía exacerbar el justo desagrado que le produjo la nota que V. E. dirigió al ministro de Justicia, pocos días antes. Colocado así en la dura alternativa de no recibirla o de no contestarla, repugnando a la vez ambos extremos por sus inevitables consecuencias, tomo sobre mí la responsabilidad de dar a V. E. no una respuesta sino las explicaciones que estimo necesarias para rectificar ciertas ideas erróneas y vindicar el gobierno de su majestad, lastimado con suposiciones enteramente gratuitas. Juzga V. E. comprometidos el honor y responsabilidad del santo padre e injuriada su alta dignidad con las especies vertidas en un párrafo de la carta que S. M. dirigió a su ministro de Justicia, protestando en consecuencia contra su contenido.

Muy justo y digno de V. E. es el celo que manifiesta por la honra de su soberano y yo no haría más que elogiarlo, si en la defensa se hubiera dejado incólume la del mío; pero se ha vulnerado sin motivo porque ninguno ministra el párrafo de que se trata. ¿Qué cosa se asienta allí que no sean meros hechos y de notoria verdad...? Hechos son que S. M. fue a Roma con el objeto de procurar un arreglo en las dificultades que han creado las leyes llamadas de reforma; que se le ofreció hacerlo, enviando un nuncio al efecto; que el nuncio ha llegado y que manifiesta no tener instrucciones para tratar el asunto. Esto, repito, son hechos que si ministraran algún motivo de cargo, no será contra quien los asienta, porque son la expresión de verdad y sumamente desconsoladora es que encontrándose ya V. E. en esta capital, dice y repite, bajo muy diversas formas, que no tiene instrucciones para tratar el asunto.

A esta grave observación ha dado V. E. una respuesta que estima enteramente satisfactoria. Dice que en Roma no se tenía noticia ni idea alguna de los puntos propuestos por S. M. para el proyectado arreglo y, por consiguiente, tampoco pudo V. E. recibir instrucciones sobre ellos. Si tal fuera realmente el caso y la excusa se expusiera en esos términos, nada tendría yo que objetar; pero siento mucho decir que no hay exactitud en el precedente asentado y fuerza me es agregar que, aun habiéndola, tampoco se ha expuesto en las formas que convienen y son absolutamente necesarias para conservar los vínculos de buena correspondencia y llegar al establecimiento de la paz y de la concordancia, objeto único de toda negociación.

En efecto, pasando V. E. someramente sobre los puntos propuestos o, según los llama, "deplorable proyecto", se consideró dispensado de aquellas reglas, aplicándole las más severas censuras. Calificado de opuesto a los cánones, doctrina y disciplina de la Iglesia; de expoliatorio de sus bienes; de atentatorio a su jurisdicción e inmunidades; de encaminado a esclavizarla del poder civil y remacharle las afrentas que ha sufrido; de aumentar, en vez de calmar, la perturbación y angustia de las conciencias timoratas; en fin y para hacer más punzante la censura, recuerda V. E. que todas esas irregularidades, gratuitamente atribuidas al proyecto, han sido condenadas por la silla apostólica en sus

alocuciones consistoriales de 1856 y 1861, agregados (sic) sin fundamento alguno, de hecho ni de razón, una inculpación altamente ofensiva al gobierno de S. M. cual es que "el deplorable proyecto se mantuvo oculto hasta el último momento". Ya antes y dirigiéndose al ministro de Justicia, había V. E. avanzado otra del propio carácter, insinuando que las intenciones del gobierno imperial eran "consumar la obra comenzada por Juárez". Si V. E. ha podido recobrar la calma de espíritu que exige la discusión de los graves negocios, comprenderá que tales medios no podían ser eficaces para conquistar la benevolencia ni la convicción, que no venían tampoco en la forma conveniente para ponerlos en conocimiento de S. M.

Haciéndoles gracia, los he tomado en consideración, aunque no para controvertirlos, pues bien comprende V. E. que el ministerio de Negocios Extranjeros es el terreno menos adecuado para una polémica de tal carácter. Los puntos de que se trata, se han controvertido durante siglos. Nada nuevo hay que decir. Cada cual tiene ya formado su juicio y cuenta con un inmenso arsenal en que escoger las armas que pueda necesitar. Dejándolas, pues, a un lado, voy al objeto de mi intento, que, como el de V. E., es vindicar la honra de mi soberano.

Escribiendo V. E. en el calor de la exaltación, no pudo advertir que sus ideas estaban en desacuerdo con sus palabras. Dice que en Roma no se tenía noticia alguna, ni aun sospechas de los puntos propuestos por el emperador, fundando en esta circunstancia la excusa relativa a la falta de instrucciones. En Roma indudablemente eran perfectamente conocidas las llamadas Leyes de Reforma, puesto que S. S. las condenó en dos alusiones consistoriales y eran igualmente conocidos los intereses y obstáculos que habían creado; especialmente los relativos a la desamortización y nacionalización de los bienes eclesiásticos. Sobre este punto no había ni podía haber duda alguna, como tampoco la apremiante necesidad de darle una solución. A él me contraje especialmente en la nota que en 22 de julio último dirigí al ministro de S. M. en Roma, exponiéndole todos los perjuicios y peligros de la tardanza, tanto para la Iglesia como para el Estado, concluyendo con la siguiente prevención: "S. M. me ordena diga a V. E. que,

empleando toda la prudencia, moderación y cortesía que lo caracterizan, manifieste a S. E. el cardenal secretario de Estado que si el nuncio de S. S. no se encontrare oportunamente en esta ciudad, el emperador, aunque muy a su pesar, se verá forzado a tomar la iniciativa, dictando las providencias que demandan la paz y tranquilidad del imperio, en armonía con las que puedan reclamar los intereses de la religión y de la Iglesia, que le son igualmente caros. Haga V. E. sentir a S. S. los urgentes peligros de la situación en que se ha colocado a S. M., la fuerza irresistible que lo obliga a precaverlos y el penoso sentimiento que aflige su espíritu".

El enviado de S. M. acusó recibo en nota de 10 de septiembre, anunciando que había cumplido con la insinuada prevención y que, impuesto de ella el cardenal secretario de Estado, "lo autorizó oficialmente para hacer saber, también oficialmente, al gobierno de S. M. que el enviado apostólico sería V. E., con el carácter de nuncio" y que se pondría en camino, sin más dilación que la necesaria para recibir sus instrucciones, la consagración episcopal e imponerse de los negocios. Sabían, pues, en Roma y con plena certidumbre, cuáles eran las dificultades que embarazaban la marcha del imperio y cuál la más apremiante de ellas y sabían también que si no prestaban oportunamente su concurso para removerlas, el emperador estaba resuelto a hacerlo por sí solo, en la manera que pudiera y según lo estimara más útil al bien de la Iglesia y del Estado.

Pues bien; los puntos propuestos por S. M., son simplemente el resumen o sumario de aquellas dificultades, que tan perfectamente eran conocidas en Roma y, no conteniendo una sola idea más, necesariamente debería causar una dolorosa sorpresa que, después de aguardar casi ocho meses, perdiendo un tiempo precioso y agravando el mal, el enviado, para proveer a él, declarara solemnemente que no tenía ni la instrucción ni los medios para remediarlo.

Meditando desapasionadamente en las reflexiones que preceden, se palpa que V. E. no ha tenido razón en dos especies, que presentan toda la gravedad de reproches. Es el uno que "el gobierno imperial había tenido oculto hasta el último momento, «el deplorable proyecto»

y, el otro, que si el santo padre hubiera entendido que tales cosas se le proponían, no habría enviado su nuncio, porque tampoco podría imaginarse que se le asociara «para consumir la obra comenzada por Juárez»". A la primera de estas graves inculpaciones, ya he dicho que lo que era conocido en todo el mundo y muy especialmente de S. S. que lo había calificado y condenado, no podía llamarse oculto y debo agregar que el gobierno imperial no tenía necesidad de ocultarlo, porque a nadie tampoco tiene que pedir licencia para el ejercicio de sus prerrogativas soberanas. En la otra especie, V. E. se ha dejado llevar muy lejos, autorizándome para quejarme de falta de justicia y exactitud. Juárez despojó a la Iglesia de cuanto poseía, reduciéndola a la mendicidad; expulsó la religión del Estado y la esclavizó en nombre de la libertad. El emperador, tomando el opuesto camino y obrando en la manera que puede y debe, procura indemnizar a la Iglesia de sus pérdidas, restituye a la religión sus derechos de ciudadanía y se dirige al padre común de los fieles para anudar y consolidar los vínculos entre la Iglesia y el Estado. ¿Es esto, por ventura, consumir la obra comenzada por Juárez?

Pero si, como dice V. E. con repetición, el sumo pontífice no habría enviado un nuncio para hacer las cosas que se proponen, conociéndolas, de la misma manera me considero autorizado para replicar que tampoco se necesitaba de la cooperación de persona alguna para otorgar las pretensiones que se les oponen, suponiéndolas asequibles. Las de V. E. son: Primera, la renovación y abolición de las inicuas Leyes de Reforma y de las otras existentes contrarias a los cánones. Segunda, la publicación de las que conduzcan a reparar los daños causados a la Iglesia. Tercera, la reorganización de su administración civil y religiosa. Cuarta, la plena libertad de la Iglesia y de sus obispos en el ejercicio de sus derechos y ministerio. Quinta, la restitución de los templos y conventos. Sexta, la de los bienes eclesiásticos existentes o robados. Séptima, el restablecimiento de las órdenes monásticas y que su reforma se haga conforme a las facultades comunicadas por el sumo pontífice. Octava, que se reconozca a la Iglesia, así como en tiempos anteriores, el derecho de adquirir, poseer y

administrar su patrimonio. He aquí el resumen de las pretensiones contenidas en la nota que me ocupa y en la que V. E. dirigió al ministro de Justicia.

Si ellas debieran entenderse y obsequiarse en su propio y racional sentido, no presentarían dificultad alguna, como que se encuentran enteramente de acuerdo con las ideas y sentimientos del emperador; pues S. M. quiere reparar las iniquidades y abusos cometidos a la sombra de aquellas leyes, quiere restaurar la administración civil y religiosa sobre sus propias bases y quiere, en fin, mantener la absoluta libertad de la Iglesia, en su régimen espiritual; pero como los puntos de que se trata pertenecen en su mayor parte al régimen civil y la intervención que en ellos ha tenido la Iglesia procede únicamente de la espontánea concesión del soberano, la ha concedido tan sólo en cuanto pudiera ser útil a la conveniencia pública y al mejor régimen de la sociedad que dios le ha encomendado, de aquí es que su derecho sea absoluto y su libertad entera para modificar y también para retirar aquella concesión, según fuere más conveniente a su fin y objetos. No obstante, el emperador, a fin de conservar la armonía y relaciones de buena correspondencia que mantiene y desea mantener con la silla apostólica y, aspirando también a remover todos los obstáculos, quiso obrar con su acuerdo aun en las materias de su propia competencia, cuales son todas aquellas que versan sobre el régimen civil y afectan el orden social. Si este rasgo de armonía y buena amistad se desestima, no serán a cargo de S. M. las consecuencias; así como las resistencias u obstáculos que se le opongan, tampoco deben paralizar su marcha con perjuicio de la sociedad.

Ha estimado V. E. conveniente descender a la consideración particular de algunos de aquellos puntos, bien que sólo para condenarlos con acres censuras. Refiriéndose al de la tolerancia de cultos, lo califica de contrario a la doctrina de la Iglesia y al sentimiento de la nación. Sin entrar en la discusión de este punto, resuelto ya por la práctica de las naciones, inclusa Roma, advertiré a V. E., para evitar equivocaciones, que no se le propuso como punto de arreglo, ya por considerarlo como un obstáculo para la negociación, ya porque, siendo exclusivo de la

potestad paternal civil, a ella sola tocaba resolverlo, según lo considerara conveniente. Se habló de la tolerancia como un incidente inseparable de la declaración que hacía S. M. constituyendo la religión católica apostólica romana, en religión del Estado, V. E., que tan perfectamente conoce el espíritu y tendencias de las sociedades modernas, sabrá apreciar en todo su valor aquella declaración.

Ella resolvía también la otra grave dificultad que preocupa el ánimo de V. E. hasta el punto de desconocer la sinceridad de los sentimientos católicos de S. M. La declaración de religión de Estado, con la obligación de mantener su culto y sus ministros, otorgaba la reparación de los perjuicios que había sufrido la Iglesia con la pérdida de sus bienes, extirpando, a la vez, el germen de los disturbios que retardan la consolidación del orden y de la paz, a cuyos beneficios jamás fueron indiferentes la Iglesia y la religión.

V. E., condenando la idea y adelantándola aún más allá de su expresión, la rechaza indignado, prefiriendo a la reparación e indemnización que se ofrecen, mendigar la subsistencia de la caridad de los fieles. Quiérase entonces que el emperador provoque un trastorno general y que se ponga en guerra con sus súbditos, no para que la Iglesia cubra sus necesidades, pues S. M. provee a ellas, sino para que posea de una cierta y determinada manera; no para que se le devuelvan bienes que el gobierno retenga voluntariamente, sino para que se quiten sus poseedores, sea cuales fueren las trascendencias que vengan a la cosa pública. En esta parte, el emperador hará lo que convenga al bien del Estado y de la Iglesia misma, ya, según lo desea, de acuerdo con la silla apostólica, si quiere prestarle su concurso, ya por sí solo, como remedio de un mal social y propio de sus prerrogativas soberanas.

La firme voluntad de hacerlo es lo único que S. M. ha manifestado en la carta que dirigió a su ministro de Justicia, dejando todavía en ella los medios y la ocasión de un arreglo con la silla apostólica para resolver todas las dificultades y asegurar la paz del imperio, que será también la de la Iglesia.

La falta insinuada de instrucciones, no puede ser una excusa porque si, según su juicio, las pretensiones del gobierno imperial son exorbitantes y aun anticanónicas, con el concurso de la Iglesia podrán arreglarse de mutua conformidad. Jamás negociación alguna quedó concluida en la primera entrevista y el ánimo de V. E. debe quedar tranquilo, como lo está el del emperador, considerando que todos esos puntos, hoy desgraciadamente manzana de discordia en México, forman hasta cierto punto la constitución civil y eclesiástica de una de las naciones más ilustradas del mundo y en que el catolicismo brilla con mayor esplendor; no siempre allí un obstáculo y, antes bien, siendo un medio para que su clero se presente como un modelo a todos los pueblos cristianos. Pues bien; lo que en Francia es legítimo y conveniente a la religión y al Estado, no puede ser en México contrario a la doctrina y a los cánones de la Iglesia. Ésta es materia que no admite dos medidas, porque la verdad es una sola.

No debo concluir sin encargarme de una especie que quiero estimar como desliz de pluma, para despojarla de la grave ofensa que entraña. Esforzando V. E. las razones con que procura probar que nada se sabía en Roma sobre la materia que nos ocupa, dice que en la misma ignorancia se encontraba el episcopado mexicano, al "cual, agrega, se habían dado otras esperanzas y más lisonjeras promesas". Como V. E. no expresa quién dio las unas u ofreció las otras y, por la vaguedad del concepto se pudiera creer que habían partido del emperador, debe protestar contra tal aserción, seguro de que los informes que se le hayan dado en este sentido, son enteramente falsos. V. E., como tan instruido en la práctica de los negocios, sabe que la esperanza es la ilusión del deseo y sus límites, los de la imaginación.

Tengo el honor de reproducir a V. E. las seguridades de mi alta y distinguida consideración.

José Fernando Ramírez
Ministro de Negocios Extranjeros

EL NUNCIO APOSTÓLICO PROTESTA POR LA VIGENCIA DE LAS LEYES DICTADAS ANTES DE LA INSTALACIÓN DEL IMPERIO

México, 12 de enero de 1865

A S. E. el señor ministro de Negocios Extranjeros

Excmo. señor:

El *Diario del Imperio* de ayer ha publicado un decreto de S. M. fecha 7 del corriente, por el cual se declaran en vigor las leyes y decretos aquí existentes antes y después de la independencia, acerca del plácito o pase que debe acordarse por el gobierno imperial a las bulas, breves, rescriptos, etc., emanados de la Santa Sede.

Es bien triste y doloroso a mi corazón el no poder dirigirme de nuevo a V. E., sino para protestar; pero la conciencia, el deber y el carácter de que estoy revestido, me obligan a hacer a un lado todo respeto humano y hablar ingenuamente, sea cual fuere la impresión que produzcan mis palabras, las cuales no miran, por otra parte, sino al verdadero bien de la Iglesia y del Estado.

V. E. sabe bien que las bulas, los breves y los rescriptos pontificios son actos de la jurisdicción del sumo pontífice, que debe ejercerla en toda la Iglesia. Este derecho del santo padre está reconocido por todos, como está reconocida la Iglesia, de quién es cabeza, cual sociedad perfecta, independiente y soberana. Todos los fieles, pues, que la componen, están sujetos a sus disposiciones, ora miren al dogma, ora sea su objeto la moral y la disciplina. Pues bien, ¿cómo podría admitirse este derecho del pontífice, cómo reconocer la soberanía e independencia de la Iglesia, si bastase un acto de un

súbdito suyo, aunque fuese emperador o rey, para impedir la promulgación de un decreto y suspender sus efectos? ¿Qué diría un Soberano, como reflexiona un célebre autor, si los pontífices y pastores puestos por dios para regir su Iglesia pretendiesen dar su pase a los decretos políticos que frecuentemente son contrarios y perjudiciales al Estado y a la libertad eclesiástica, a la jurisdicción pontificia y episcopal? ¿Qué diría un rey, un emperador? Del mismo modo la cabeza visible de la Iglesia no tendría pleno poder en lo espiritual si sus disposiciones dependiesen del beneplácito de los príncipes o pudiesen éstos impedirlos. El sumo pontífice Pío VI, escribiendo a Luis XVI, le decía, con este motivo: "Reconocemos de buena voluntad que las leyes de público gobierno, pertenecientes a la potestad laica, son realmente distintas de las leyes de la Iglesia y por esto, mientras afirmamos que aquéllas deben observarse, mandamos al mismo tiempo que no sean violadas por la potestad laica las que emanan de nuestra autoridad".

Conociendo que hablo a un ministro y a un gobierno católico, no me extenderé en muchas observaciones; solamente añadiré que a nadie puede ser desconocido que Jesucristo, al instituir su Iglesia, dio a los apóstoles y a sus sucesores una potestad a ninguno otro sujeta y que no pueda pertenecer de modo alguno al poder civil, sino que deba siempre estar libre de toda potestad terrenal.

¡Qué ceguedad, exclama Bossuet, qué error el de los reyes que han creído hacerse más independientes haciéndose señores de la religión, cuya autoridad hace inviolable la majestad de aquéllos, nunca para su propio bien, puede ser bastante independiente y cuando la grandeza de los reyes es el ser tan grande que no puedan, como no puede dios, de quien son la imagen, dañarse a sí mismos y, por consiguiente, a la religión que es el apoyo de su trono!

Me ocurre, además, antes de terminar, hacer conocer a V. E. que la Santa Sede ha protestado siempre contra todos los gobiernos que en tristísimos tiempos, han introducido su plácito regio, que ha calificado como tendiendo al cisma y contrario a los derechos que se derivan del primado de la jurisdicción del Papa sobre toda la Iglesia.

Por eso S. M. L y R. A., con su piedad y rectitud, despreciando ciertas tradiciones y errores, ha insertado en el concordato que celebró con la Santa Sede, en 1855, un artículo sobre este punto, formulado en los siguientes términos: *Cum Romanus Pontifex primatum tam honoris quam jurisdictionis in universam qua late palen Ecclesiam, jure divino obtineat Episcoporum cleri et populi mutua cum Sancta Sede communicatio in rebus spiritualibus et negotiis ecclesiastici nullae placitum regium obtinendi necessitate jubent sed prosus liberaerit.* Pluguiere a dios que el ejemplo del piadoso monarca fuese imitado por los gobiernos que tienen la ventaja de profesar la religión católica, apostólica romana.

Con este motivo tengo el honor de reiterar a V. E. las seguridades de mi más distinguido aprecio y alta consideración.

El nuncio apostólico
Pedro Francisco
Arzobispo de Damasco.

SE DUDA QUE ACEPTÉ EL PAPA
EL PROYECTO DE CONCORDATO

Tullerías, enero 28 de 1865

A V. M. la emperatriz Carlota

Señora y muy querida hermana:

Agradezco a V. M. su larga carta; todo lo que contiene nos ha causado placer; el proyecto de concordato es perfecto, pero ¿será aceptado por Roma? La víspera de la llegada del correo, todavía no había recibido la carta de V. M., vi al nuncio; naturalmente hablamos de México y de la misión de monseñor Neglia; le dije que a los que habían hablado con él en el camino de Veracruz a México les había parecido poco conciliador su lenguaje. Monseñor Chigi después de manifestar que no sabía nada en forma oficial, me aseguró textualmente que monseñor Neglia quería aparecer bien negro para después, poco a poco, irse poniendo más blanco y que, con tiempo y paciencia se lograría todo; confieso que le respondí un poco vivamente que había cuestiones para las cuales el tiempo era fatal; que la indecisión no era ni podía ser conciliación y que en el asunto de los bienes del clero que era esperado con impaciencia, existía una grave cuestión de prestigio que era necesario conquistar a toda costa; además se trataba de elegir hoy entre el imperio católico o la anexión a los Estados Unidos y, en consecuencia, protestantizar a México.

Ya que VV. MM. eran las únicas anclas de salvación para el país, era deber de todos facilitarles la tarea y no hacerla imposible con exigencias que no serán comprendidas por nadie,

pues se sacrificaría a los bienes temporales de un clero, por desgracia disoluto, el lado moral y grande, la regeneración de un país entero; sin dejar de protestar contra el principio este argumento pareció rendir efecto.

He querido informar a V. M. de mi conversación por si le puede ser útil; yo me sentí muy cómoda al hablar así puesto que sólo me basaba en cartas particulares de algunos de nuestros oficiales que habían hablado con el nuncio antes de su llegada. Encuentro bien que VV. MM. hayan elegido la religión católica como religión del Estado, pues es la de la mayoría y merece ser protegida; confieso que, por mi parte, soy demasiado católica como para no alegrarme, sin ser por esto intolerante.

En el artículo, J. F. están en blanco; no sé la importancia que puedan tener en México, pero en España, en otros tiempos, fueron causa de tantos abusos que tuvieron derecho a una jurisdicción excepcional. Ruego a V. M. me disculpe, si entré en estos detalles, pero su amable carta me ha autorizado hasta cierto punto.

Hace poco tiempo la condesa Zichy pasó por París; el príncipe Metternich nos dijo que estaba encantada de su estadía en México, del clima, de la riqueza del suelo, en fin, de todo lo que había visto; creo que hasta las guerrillas no le disgustaron por su lado pintoresco. Su lenguaje hizo mucho bien aquí, pues V. M. no ignora que, sobre todo en política, existe más de un Saint Thomas.

Mr. Bourdillon me dijo que el emperador no había ratificado su concesión al ferrocarril de Veracruz; me parece que, según lo que me informó de las bases, ha procedido bien. Espero que el empréstito que VV. MM. quieren hacer podrá colocarse en buenas condiciones, lo que no duda después de zanjada la cuestión de los bienes del clero. El emperador me encarga ponerlo a vuestros pies. Os ruego me recordéis al

emperador Maximiliano y creed en los sentimientos con que soy la muy devota hermana de V. M.⁵

Eugenia

⁵ Original en francés.

SEGÚN CARLOTA, LA SITUACIÓN ES TENSA
GRACIAS AL NUNCIO Y AL CLERO

Chapultepec, enero 9 de 1865

A V. M. la emperatriz Eugenia

Señora y querida hermana:

No escribiré mucho hoy, pues no tengo nada bueno que comunicar a V. M. Gracias al nuncio y al clero la situación es tan tensa como jamás creí que podría llegar a serlo en este país. No se trata de que haya nada intranquilizador para el porvenir, pero quizás sea mejor que la tormenta estalle de una vez; es un cuarto de hora desagradable de pasar. Esta situación dura ya ocho días y por mi gusto sería bueno que terminase.

Los obispos dirigen peticiones respetuosas en la forma, el nuncio escribe notas inconvenientes, las señoras hacen observaciones infantiles, en una palabra, todas las pasiones están desatadas; los periódicos extremistas se tiran de los pelos, la extrema liberal grita que la idea de Juárez ha triunfado y se regocija maliciosamente por la derrota de sus adversarios; los conservadores se figuran de nuevo ser súbditos temporales del Papa y son lo bastante tontos —pido disculpéis la expresión— para creer que la religión sólo consiste en diezmos y en el derecho de posesión. Detrás de todos los actos del nuncio, que sólo es un títere, está, de modo bastante evidente, la figura de Monseñor Labastida, cuyo mal italiano conozco lo suficiente para reconocerlo en cada línea.

En fin, se dice que la era de los pronunciamientos no ha terminado o que quizás no haya comenzado aún. En medio de todo esto, el emperador está tranquilo y firme y sigue recto el camino del deber, pero, al ver el encarnizamiento de los viejos partidos, se diría que el Imperio

jamás ha llegado a intervenir. La situación refleja una triste luz sobre los hombres del país, pues resulta claro que no se trata de la religión entre aquellos que se dicen los campeones de ella. Nunca hubiera creído que esto explotase con tanta rapidez; es verdad que, bajo las cenizas, hacía tiempo que se incubaba. Es muy ingrata la tarea de reducir a un clero corrompido y, por mi parte, hubiese preferido que los gobiernos precedentes se hubiesen ocupado de ello. El espíritu del mal siempre inventa triquiñuelas para aconsejar la resistencia y la obstinación.

Como las cosas desagradables nunca vienen solas, el interior continúa revuelto; hasta en los lugares donde antes no existían las bandas parecen salir de bajo tierra. Zitácuaro sirve ahora de guarida o de cuartel general a la mayoría de ellas.

El mariscal ha partido rumbo a Oaxaca y aquí sólo quedan los belgas, felizmente con el Gral. L'Herillier, cuyo espíritu y energía me inspiran la mayor confianza. Todo esto es consecuencia viciosa de la malhadada expedición a Oaxaca. Si Oaxaca hubiese sido tomada no se necesitarían ahora tantas tropas que podrían combatir a los guerrilleros; tampoco el mariscal hubiese ido, lo que sería mucho mejor pues si le sucede cualquier cosa, resultaría muy enojoso desde todos los puntos de vista.

Los oficiales manifiestan que la naturaleza de las disposiciones tomadas hasta ahora, no facilitan la toma de la plaza. No dudo que el mariscal, con su rara prudencia y su consumada habilidad, expectante o enérgica según las circunstancias, salga de ello con gloria, pero será a costa de grandes sacrificios que quizás antes no hubiesen sido necesarios.

El emperador ha instituido el 1º de enero una nueva orden cuyo decreto adjunto y se siente impaciente por hacérselo conocer al emperador Napoleón. También ha promulgado un decreto sobre las prioridades, según las bases del *Messidor*⁶ que son las más racionales, pues la

⁶ *Messidor*, décimo mes del canledario republicano de Francia; comenzaba el 19 de junio y terminaba el 18 de julio.

etiqueta española no tiene más razón de ser. Todo esto ha aparecido en un nuevo periódico oficial que ha de salir diariamente.

Espero que cuando V. M. reciba esta carta nuestros malos días hayan pasado; todo marchaba tan bien ¿por qué los hombres deben ser presa de las malas pasiones, sobre todo de este lado del océano?

Ruego a V. M. crea en la tierna y sincera amistad con que soy la afectuosa hermana y amiga de V. M.⁷

Carlota

⁷ Original en francés.

MAXIMILIANO NO VE CON AGRADO
LA REDUCCIÓN DEL EJÉRCITO FRANCÉS

México, enero 27 de 1865

A V. M., el emperador Napoleón III

Señor, hermano mío:

A pesar de no tener noticias del mariscal Bazaine, sabemos, sin embargo, que las operaciones del sitio de Oaxaca parecen desarrollarse en forma que exige nuevos desplazamientos de tropas.

Por otro lado, los movimientos de los disidentes sin llegar a inquietarme, no dejan de preocuparme un poco y en el estado actual de las cosas no vacilo en declarar a V. M. que toda nueva reducción del efectivo francés será prematura. El Gral. Douay, que sale para Europa, podrá demostraros, si V. M. desea interrogarlo, que la cifra convenida en nuestro tratado secreto es apenas suficiente. Pienso que sería muy útil el regreso de este general a México, pues me parece que tiene grandes cualidades militares.

He podido apreciar los conocimientos y la inteligente devoción del jefe de escuadrón de Estado mayor Loysel, quien estaría dispuesto a tomar servicio en mi ejército. Si V. M. quisiera ascender a este distinguido oficial al grado de teniente coronel en misión extraordinaria, yo podría darle de inmediato el comando de una brigada mexicana en vías de organización.

Al autorizar a los oficiales franceses a tomar servicio como oficiales en misión, V. M. me permitiría crear, desde un comienzo cuadros que asegurarían el porvenir de mi joven ejército. Pero me permito llamar la atención de V. M. sobre la interpretación que debe

darse al tratado de Miramar que coloca a las tropas mexicanas al servicio de México bajo las órdenes de oficiales del cuerpo francés. V. M. reconocerá cuán difícil resulta dejar que subsista una supremacía según la cual un suboficial del ejército francés puede ser colocado sobre su antiguo jefe de batallón que había sido ascendido a coronel en el ejército mexicano.

Rogándoos me recordéis a la emperatriz, os reitero los sentimientos de estimación y sincera amistad con que soy el buen hermano de V. M.⁸

Maximiliano

⁸ Original en francés.

CARLOTA SIGUE JUZGANDO CON DUREZA
AL CLERO MEXICANO

Chapultepec, enero 26 de 1865

A V. M. la emperatriz Eugenia

Señora y buena hermana:

Con gran placer recibí la amable carta de V. M. que desgraciadamente nos trajo, al mismo tiempo, la triste noticia de la muerte de Mr. Mocquard. Os ruego trasmitir al emperador la parte que hemos tomado en su pena; los verdaderos amigos son tan raros que perderlos es una inmensa desgracia. No recuerdo haber visto a Mr. Mocquard, pero sé que estaba entregado en cuerpo y alma a su servicio y por eso lo siento como si lo hubiese conocido.

La gentil carta de V. M. me ha causado doble placer pues es, al mismo tiempo, una prueba de su recuerdo y de la amistad que nos une. En este momento tenemos necesidad de hablar francamente porque la situación está lejos de haberse aclarado.

No sé si V. M. está enterada que el santo padre que tiene buen humor, dice de sí mismo que es un *jettatore*. ¡Pues bien! es un hecho que desde que su embajador ha puesto el pie en nuestro suelo no tenemos más que disgustos y esperamos muchos más para un futuro cercano. Creo que no nos faltan energía y perseverancia, pero he llegado al punto de preguntarme si habrá posibilidad humana de salir de las dificultades, si continúan aumentando de esta manera.

He aquí la situación tal cual es: el clero, herido de muerte por la carta del 27 de diciembre, no resulta fácil de doblegar; todos los antiguos abusos se coaligan para anular las disposiciones del

emperador. Quizás no sea fanatismo lo que existe entre estos elementos, pero sí una tenacidad desconocida en otras partes, sorda y maniobrero; creo imposible que con los actuales miembros del clero pueda formarse uno nuevo. Yo me pregunto qué se podrá hacer con ellos. Cuando Napoleón I obtuvo del Papa la dimisión de los obispos emigrados, éstos vivían en el extranjero y como santos personajes se resignaron. A los nuestros los tenemos aquí y abandonarán de buena voluntad sus diócesis y su cruz, pero no sus rentas. Un sueldo del Estado no les rendiría tanto y su ideal consiste en vivir en Europa con su dinero mientras nuestros batallones luchan aquí para consolidar la posición de la Iglesia

Si los bienes vendidos van a ser revisados aparecerá la segunda manzana de la discordia, pues con el reconocimiento de las Leyes de Reforma nos hemos atraído la inquina de los conservadores. Hoy nos atacan los liberales y creo que también algunos emigrados franceses, pues a ellos se adjudicaron los bienes. Como sólo puede existir una medida y una norma para todos, aquellos que realizaron algunas operaciones ilícitas tendrán que restituir sus ganancias y temo que esta obra de reparación y de justicia excitará tantas pasiones como lo hizo entre el clero la pérdida de los bienes.

En medio de todo esto, Oaxaca no ha sido tomada aún. El mariscal partió el 2 y desde el 10 ó 12 no tenemos noticias. Si por desgracia algo anduviese mal por allí, la bomba estallaría en diversos lugares y los puros triunfarían, pues le tienen un odio concentrado al ejército francés.

Desde hace un mes atravesamos una grave crisis; si se sale victorioso de ella el imperio mexicano tendrá un porvenir; si no, no sé lo que se puede augurar. Durante los primeros seis meses todo el mundo encuentra magnífico un gobierno; pero si toca cualquiera cosa, si pone manos a la obra, se lo maldice. Es la nada que no quiere ser destronada. V. M. creerá como yo que la nada es una sustancia incorpórea; al contrario, en este país se tropieza con ella a cada paso, es de granito, más poderosa que el espíritu humano y sólo dios puede

doblegarla. Las pirámides de Egipto fueron menos difíciles de construir de lo que sería vencer la "nada" mexicana.

Todo esto no sería tan grave si no coincidiese con el hecho capital de la disminución del ejército y con ella de la disminución de la fuerza del gobierno. Me temo que dejemos escapar la presa por su sombra.

Sin duda el cuerpo Legislativo (en París) hablará, pero eso son discursos de abogados más o menos hábiles y aquí son los hechos los que pueden resultar funestos para Francia, en primer lugar, comprometiendo una obra que ella ha construido y que está destinada a transmitir el nombre de Napoleón III a las generaciones futuras.

Es muy hermoso que todo el mundo diga como en el parlamento inglés que México está muy bien organizado y que se mantendrá sin la ayuda de nadie, pero yo prefiero atenerme a la realidad. Para civilizar este país es necesario dominarlo; para poder moverse libremente es necesario poder transformar su autoridad en cualquier momento en fuertes batallones: éste es un argumento indiscutible. Toda autoridad que no puede traducirse en acción tiene un valor facultativo que sube y baja; desde hace algún tiempo baja por la falta de tropas. Los austriacos y los belgas son buenos para los tiempos de paz, pero cuando la tormenta estalla sólo quedan los pantalones rojos.

Si me es permitido exponer mi pensamiento a V. M., creo que será muy difícil atravesar todas estas primeras crisis vitales, si el país no es ocupado con mayor número de fuerzas que las existentes. Todas están muy diseminadas y creo que en lugar de repatriarlas habría que aumentarlas. El mariscal se arrepentirá, quizás, de no haber escrito en octubre tal como le rogamos. Se ha dejado llevar por su buen corazón; fue testigo de griterías en Francia y creo que ha sacrificado un pequeño desagrado por otro mucho mayor.

Esta opinión que temería confesar con tanta seguridad no es sólo mía; la comparten el Gral. Douay que se la transmitirá personalmente a V. M., hombre extremadamente capaz y entendido en asuntos militares y el Gral. L'Herillier, oficial de gran energía y de espíritu justo y práctico. Dicen que están intranquilos no tanto por

nosotros como por ellos pues, llegado el caso, nosotros podemos soportar un fracaso del que nadie se extrañaría, pero no el ejército francés. En caso necesario podríamos retirarnos como Juárez a una provincia alejada, podríamos regresar al lugar de donde vinimos, pero Francia no puede dejar de triunfar, primero, porque es Francia y luego porque su honor está en juego...

Ruego a V. M. me recuerde al emperador y quiera meditar un poco sobre lo que me permito decirle desde el fondo del corazón más afectuoso y esté segura de los sentimientos de sincera amistad con que soy la muy devota hermana y amiga de V. M.

Carlota

P. D., enero 29 de 1865.

Envío a V. M. el resumen de *La Estafeta*, escrito de memoria; verá en él todo lo que se ha hecho en el terreno material.

Espero que la convención concluya con la constitución de la sociedad del ferrocarril de Veracruz; esto será bien recibido por el emperador. En cuanto a las tropas, espero que quiera recordar que cuando en una circunstancia solemne de su existencia logró salvar a Francia, las tenía detrás [de él]. Nosotros podemos salvar a México, pero por los mismos medios... No hay que creer que aquí donde siempre se habla de regeneración, el país verdaderamente la desee; está en los libros y en los labios, pero a la gente le encanta el caos porque es viejo y feo, porque ya es tan viejo que es nacional.

En lo que atañe al clero, vosotros y nosotros hemos actuado en toda forma por convicción, pero nosotros, sin embargo, lo hemos hecho sobre todo como herederos de la intervención. Es justo, entonces, que Francia sostenga lo que ha sido dicho en su nombre. Hablando últimamente con el Gral. Douay, yo le decía que el clero era un asunto pesado y me respondió: "Si, es un golpe de estado". Y para un golpe de estado se necesitan tropas.

VV. MM. han realizado una gran empresa; contra la opinión pública la continuaron porque sabían que el éxito les daría la razón; encontraron al único hombre que pudo y quiso encargarse de ella; una persona, puede decirse que dos, que les son sinceras y verdaderamente adictas, que jamás mantendrán con ellas otra cosa que no sean relaciones cordiales y llenas de gratitud.

Encontraron todo esto y me parece que la providencia las ha servido bien. Ahora se trata de hacer un último esfuerzo que coronará la obra. Si VV. MM. toman una resolución con rapidez y se deciden a apoyarnos, el asunto terminará mucho antes y antes habrá llegado el momento en que México tendrá sólo intereses mutuos y de reconocimiento con Francia. En el caso contrario, dentro de pocos meses quizás se encuentre grave e inútilmente comprometida.

Vos, Señora, mi buena hermana, que tanto habéis hecho por este país, no lo abandonéis; pensad que vuestros intereses no pueden ganar allí donde los nuestros sufren. Pensad en el emperador, en vuestro hijo y en que la Francia aplaudirá pues la Francia de todos los tiempos ha sido siempre fiel al éxito, a la generosidad y a la gloria.⁹

Carlota

⁹ Original en francés

MAXIMILIANO DECIDE ENVIAR
UNA COMISIÓN AL VATICANO

México, enero 29 de 1865

Excmo. señor enviado extraordinario
del imperio mexicano en Roma

Excmo. señor:

Habiendo declarado oficialmente el nuncio de S. S. que no tenía instrucciones para tratar sobre los puntos que el ministerio de Justicia sometió a su consideración o, lo que es igual, para contribuir al arreglo de las dificultades que han paralizado la marcha del gobierno y prolongado el malestar público, su misión, no sólo ha quedado enteramente frustrada, sino que, por el espíritu que se manifiesta en S. E., debe considerársele como un tropiezo más sobre los muchos que embarazan la marcha de la administración.

Convencido, pues, S. M., de que con el nuncio nada se ha de hacer, a la vez que se necesita obrar con celeridad y queriendo dar a S. S. un inequívoco testimonio de su estimación, de su afecto, del vivo deseo que lo anima de conservar con la silla apostólica la más perfecta buena correspondencia y de su voluntad para resolver, con su acuerdo, las tremendas dificultades que lo rodean, ha determinado enviar a su ministro de Estado y a dos consejeros, a fin de instruir a S. S. de la situación que guarda el país, para que, con su conocimiento, remueva los obstáculos y conjure los peligros que simultáneamente amenazan al altar y al trono. El santo padre no podrá dejar de ver en esta resolución

un testimonio patente de la cordial adhesión y sincera buena voluntad de S. M., así como de la gravedad de los peligros a que se refiere. La terrible crisis que ha atravesado el país y los hondos gérmenes de desmoralización y desorden que dejaron sembrados en esa época luctuosa, son otros tantos elementos disolventes que requieren una suma prudencia y concesiones harto liberales para contenerlos, porque la sola fuerza de la autoridad, por tan largo tiempo desconocida y desprestigiada, no haría más que desenfrenarlos.

El envío de ministros y consejeros no altera ni introduce novedad alguna en la posición oficial que guarda V. E. en esa corte pues se les envía, no para limitarla, sino para auxiliarla y dar a V. E. mayor fuerza en las negociaciones que deban entablarse para llegar al término que S. M. tan ardientemente desea. Mutuamente se ayudarán en esta delicada tarea, que tan inmediateamente afecta la paz y consolidación del imperio.

El ministro de Negocios Extranjeros
(José Fernando) Ramírez

CARLOTA DESCRIBE A EUGENIA
LA VERDADERA SITUACIÓN DEL IMPERIO

Chapultepec, febrero 3 de 1865

A V. M. la emperatriz Eugenia

Señora y muy querida hermana:

Temo que mi carta del otro día os haya intranquilizado o afligido fuera de toda medida, pero, en todo caso, espero no veáis en ello más que la expresión de la confianza que V. M. me inspira. Debéis comprender que la situación de este último mes me oprimía horriblemente y que mi corazón tiene necesidad de desahogarse en el vuestro, cuando algo le pesa. Ahora me siento tan aliviada como alguien que, teniendo un pecado sobre su conciencia se hubiese confesado; suceda lo que suceda mi conciencia está tranquila y me siento como nueva. Si no creyese que en este asunto nuestros intereses son idénticos no me hubiese expresado con tanto calor pues preferiría que nos quedáramos en medio de las dificultades que ver a W. MM. entrar en ellos si no me pareciese que, al hacerlo, podrían ayudarnos a solucionarlas.

Espero que el emperador no ordene más reducciones de tropas antes de oír al Gral. Douay. Creo que para pasar este año bien necesitaríamos un efectivo de 40,000 hombres, comprendidas todas las nacionalidades. Esto significa que si pudiesen venir de Francia algunos millares más, siguiendo con los enrolamientos en otras partes con el dinero que no sé de dónde sacaremos, quizás llegáramos a esa cifra. Mr. Jules Favre tendrá que hacerse cargo que para luchar contra el espíritu de desorden y contra el clero, más los juaristas, se impone la necesidad de un aumento de tropas. Esto no disminuirá en Europa la

confianza que se tiene en el porvenir de México, puesto que nuestro gobierno, cumpliendo con su deber, encuentra resistencia de parte de los elementos que debe destruir, para franquear el camino al orden, al progreso y al verdadero y brillante porvenir de este país: la inmigración europea.

Llegará el momento en que Francia recogerá con creces lo que ha sembrado. El movimiento entre el *Havre* y Veracruz ha sido bastante considerable el año pasado y ¡dios sabe cuántos franceses vendrán a establecerse aquí!

En cuanto a lo que el buen mariscal ha dicho de que no existen más bandas organizadas desde Veracruz hasta San Blas y de Durango a Monterrey, V. M. creerá que le doy falsos informes si eso fuera exacto, pero no lo es desde el momento que el Gral. L'Herillier está obligado a expedicionar continuamente en los alrededores de México, tantas son las bandas que por aquí pululan. Hasta se anuncian algunos pronunciamientos por "religión y fueros",¹⁰ listos ya para su divulgación, entre otros en Guadalajara.

Creo que de Argelia, donde parece que todo ha terminado, sería fácil enviarnos algunos refuerzos. Francamente, en el caso de no ser apoyados, habrá que abandonar todos los proyectos de reforma y gobernar como quería el Sr. Gutiérrez (de Estrada), rodeándonos con la muralla de China. Ahora veo que su sistema era perfectamente racional y es por eso que peca de ser peculiarmente mexicano mientras que nuestra misión es lenta, afectuosa, pero no por eso menos segura, para atraer a México una población que absorbería a la antigua, pues con los elementos actuales no se puede hacer nada; lo diría en voz muy alta si no temiese que se oyera aquí. Cuento con la inmigración que quizás comience en el curso del corriente año y si no estuviese persuadida que será importante tendría que confesar a V. M. que todo lo que hacemos va en pura pérdida.

La cuestión del clero ha sido la piedra de toque que me ha hecho confirmar las ideas que había concebido desde que llegamos y veo que

¹⁰ En castellano en el original.

no me he equivocado. Pase lo que pase, es una suerte que nos hayamos dado cuenta a tiempo que sólo Europa podrá poblar dignamente este imperio y si la prudente influencia de V. M. nos consigue algunas tropas, la situación será "afianzada".¹¹ No dudo ni un momento que W. MM. lamentarán las reducciones cuando sepan lo que está pasando. Me tranquiliza la entera confianza que tengo en la mano que ha estrechado las nuestras el 12 de marzo y que el 10 de abril trazó las líneas que son la expresión tanto de una gran potencia como de la amistad de un soberano: "Contad siempre con mi amistad y mi apoyo". Confío en esa mano, en el corazón de V. M. y en aquél que ha dicho: "Ayúdame que Dios te ayudará". Me parece que con todo eso, no se puede menos que triunfar.

El pobre santo padre nos jugó una buena pasada en Europa con la encíclica. Si pudiese permitirme una irreverencia diría que proviene de un espíritu cualquiera pero no creo sea del espíritu santo. Nuestro señor daba paz a sus apóstoles y así los abordaba; hoy se divulga la confusión.

¡Ah! si Bossuet viviese, le seríamos deudores tanto como al clero de Francia tan eminente y tan católico, de haber evitado un cisma en Europa. Sin la Iglesia galicana¹² la confusión haría presa de las conciencias queriendo conciliar lo que es imposible de conciliar. Dios no ha creado la fe ni la razón para contradecirse, sino para apoyarse una en otra: esto me consuela.

Para pasar a un terreno más fútil, diré a V. M. que he visto en los periódicos franceses que sin saberlo hago cultura, pues tengo mis reuniones de los lunes exactamente igual que V. M. Creo nos divertimos bastante; los vestidos son preciosos y los invitados muy decentes. En la belleza mexicana existe un reflejo de la patria de V. M. Tenemos una española, la mujer de un médico de apellido Solís, que es magnífica; hace poco, en el baile de la Lonja, se había empolvado el cabello y pasado una cinta de terciopelo; estaba maravillosa, parecía una antigua

¹¹ En castellano en el original.

¹² Se refiere a la Iglesia Católica francesa.

Safo. También es muy hermosa la Sra. de Suárez Navarro, una de mis damas de palacio, un tipo de madona de Murillo con las cejas y las negras pestañas de las orientales; se pone una hilera de perlas enormes del océano pacífico. Trataré de hacer capturar algunas esta primavera; parece que es la estación.

Nos vestimos a la mexicana; yo misma monto a caballo con mi sombrero; comemos a la mexicana; tenemos un carruaje equipado con mulas que llevan cascabeles; siempre nos abrigamos con sarapes y voy a misa con mantilla. En fin, si pensáramos como emigrados, lo que no parece, diríamos que no son las reformas las que chocan a los hombres sino la forma de ejecutarlas; en todo lo que es exterior y pueril nos conformamos a lo mexicano, hasta el punto de confundir a los mismos mexicanos.

Mis reuniones terminan pasada la una; el lunes próximo será la sexta. Yo bailo algunas cuadrillas, una regularmente con el Gral. L'Herillier, invito sucesivamente a todos los oficiales franceses, hasta a los pagadores que tienen verdaderas ansias de bailar. Al final, se toca la retirada, es un galope muy rápido y siempre hay alguien que termina por caerse. El Gral. L'Herillier está siempre de muy buen humor y se entiende muy bien con el emperador.

Hace poco, yo le decía: "general, usted no sabe, pero desde que escribí a la emperatriz lo que tenía sobre la conciencia, estoy toda roja". Por casualidad el vestido que llevaba esa noche era rojo. "V. M. tiene mucha suerte", me contestó con su rapidez habitual. Es la actividad personificada y sin él nos hubiéramos aburrido en ausencia del mariscal. Douay, L'Herillier y Brincourt harían un magnífico triunvirato.

En lo que concierne a los generales secundarios si les toca la próxima reducción, no me opondría. No conozco a Aymard ni a Castagny; en cuanto a los, otros creo que los tres primeros son los que llevan la palma.

Quizás V. M. tenga prejuicios respecto al Gral. Douay; no sé por qué, al principio, los mexicanos no lo querían. Es un hombre inteligente, muy recto, muy enérgico y que parece ser incapaz de cometer ninguna bajeza, le gusta la acción por necesidad no por am-

bición; es práctico y no se hace ilusiones a pesar de estar dotado de una imaginación que se presta a todo y tiene un ardor infatigable. Al emperador le llamó la atención y lo sedujo desde el primer momento. Además es muy franco; me dijo que sabía que hablaban mal de él y yo le contesté que eso era una recomendación. En general el mundo se encarniza contra la superioridad, con tanta más razón en un país donde todo es superior.

Será maravilloso si, como esperamos, el emperador hace regresar a México al Gral. Douay; es el hombre que hace falta; voluntad firme y mano de hierro con justicia y rectitud. Será un fiel intérprete de la voluntad de su soberano; no encubrirá nada y cumplirá todo. En este país hay que expedicionar sin cesar; un día de respiro y todo se echa a perder. En cuanto a los oficiales jóvenes se los tiene en suspenso, pero creo que esto no les sirve de nada, fuera de recorrer el paseo; para esto el *Bois de Boulogne* es, por cierto, más lindo.

Me dicen que el Gral. de Manssion va a volver, creo que no le falta espíritu, aunque está lejos de la rapidez de L'Herillier. Espero que su llegada no sea motivo para el regreso de L'Herillier, lo cual sería lamentable.

La vida aquí transcurre casi como en la edad media; uno está contento, satisfecho, tranquilo y, sin razón ninguna, en cualquier momento están las guerrillas encima. Aquí tenemos cañones y un sistema de señales con la ciudad. Esto no impide que estemos a la expectativa. Antes de anoche me levanté al oír cañonazos; era una celebración de la virgen de Tacubaya como si la presentación hubiese tenido lugar a las cuatro de la mañana; supongo que era para alcanzar la diferencia de horas con Jerusalén.

Aquí todas las manifestaciones religiosas se hacen por la noche, con tal cantidad de petardos que parece que la tierra explotase. De día todo se festeja más tranquilamente. No sé puede negar que este país es un poco *sui generis*; en esto tampoco estaba equivocado Gutiérrez (de Estrada), con la diferencia que él se complace en ello, mientras que nosotros no le encontramos nada de respetable y que haremos todo por modificarlo. Las masas son excesivamente estúpidas y conservadoras y

no son los "licenciados"¹³ quienes las pondrán en movimiento; esto explica el dominio que el clero tiene sobre ellas; no las instruye, se mantienen así y, como son así, aquél se siente impune.

V. M. sin duda ha leído las encantadoras cartas de María Antonieta publicadas por M. Huolstein. Me hacen pensar que siempre existe un día en que se ha dejado de ser célebre y, cuando los juicios no son caritativos, la situación no es nada envidiable. V. M. se da cuenta donde quiero llegar.

Para estar segura que los mexicanos no sepan lo que digo de ellos hasta que no se constituya una nueva nación que diga lo mismo, quisiera que V. M. destruya todas mis cartas. No están escritas más que para ser conversadas; expresada la idea queda cumplido su objetivo. Será un favor que apreciaré infinitamente.

Al terminar esta larga epístola, ruego a V. M. crea en el inalterable afecto con que soy la buena hermana y amiga de V. M.

Carlota

Febrero 5

Estaba aquí cuando esta mañana encontré el admirable artículo de *La Estafeta* que me ha hecho casi saltar de alegría. Si pudiese esperar que V. M. lo mostrase confidencialmente al emperador, estoy segura de que con su capacidad habitual, reconocerá la verdad. Es el lenguaje de un francés muy francés, muy independiente y que conoce México. Además, un hombre que no tiene 24 años. Según lo que yo entiendo los clericales no transigirán; no hay que pensar más en la fusión de los partidos. Es necesario que uno destruya al otro; quiera el cielo que nos

¹³ En castellano en el original.

mantengamos dueños de la situación hasta el mes de abril en que nos será posible recibir recursos.¹⁴

Carlota

¹⁴ Original en francés.

CARLOTA CONTENTA POR LA CAÍDA DE OAXACA
Y LA CAPTURA DE NICOLÁS ROMERO

Chapultepec, febrero 24 de 1865

A V. M. la emperatriz Eugenia

Señora, hermana mía:

Estoy feliz al poder hoy mojar mi pluma en una tinta un poco menos negra, pues desde la partida de la delegación a Roma, la situación ha vuelto a ser la de hace dos meses. Comienza la primavera pero no me parece que los nuevos pensamientos surgen por el aire de felicidad que se expande en la naturaleza.

La toma de Oaxaca, realizada con esa profunda habilidad y ese cálculo de maestro que siempre he admirado en el mariscal, la muerte de Rojas, la captura de (Nicolás) Romero el famoso guerrillero que rondaba impunemente tan cerca de México, en fin, otros diversos éxitos logrados sobre las bandas, en particular la de Simón Gutiérrez y de Martínez, han contribuido a restablecer los hechos. Ya era tiempo pues, por una sola maniobra dudosa, no quiero decir desgraciada, los bandidos se enardecen a tal punto que tenemos a todo las pasiones y supongo que tampoco la tolerancia pasará inadvertida. El Sr. Lares ha llevado sus opiniones conservadoras hasta querer demostrar que a los extranjeros que venían a México no les interesaba ejercer su culto pues lo único que los atrae es el dinero; que se acomodarían perfectamente sin religión y que no veía el motivo de que todo no pudiese continuar así. ¡Singular razonamiento para un hombre sensato y religioso! El Sr. (López) Uruga le contestó muy bien diciendo que ese era el camino directo hacia el ateísmo y la indiferencia y que le

parecía mejor que las personas que admiraban al verdadero dios ejerciesen su culto antes que no tener ninguno.

Se dice, señora, que en Francia sopla él viento de las economías en el presupuesto del ejército. Nada más satisfactorio para todos que ver que ese gran país aprovecha sus recursos y México se sentirá siempre feliz de contribuir a ello, pero, sin querer volver sobre todo lo que ya me he tomado la libertad de exponer anteriormente, ruego a V. M. tenga presente dos cosas: la primera, que cada medida gubernamental ejecutada representa aquí una sacudida y que las reformas representan revoluciones sociales; la segunda, que las bandas de guerrilleros no son hijas de nada previsto, sino que se generan por una especie de generación espontánea y que antes de mucho tiempo no podremos desembarazarnos de ellas.

Estados Unidos continúa en mala disposición y quiere mantener sus cónsules ante la "República Mexicana". No es asunto de gran importancia pero sí tiene el valor de un síntoma y como tal llamo la atención de V. M.

Acabo de ser interrumpida por la llegada de Mr. Bonnefond a quien me presentó el emperador y conversé un momento con él. Me transmitió varias cosas amables de VV. MM. y creo que si mi respuestas pudieran oírse en París, no serían menos calurosas; lo que se tiene en el corazón debe expandirse.

El mariscal vuelve mañana. Le he enviado un gran cordón de parte de mi padre y espero que esté muy satisfecho.

El martes de carnaval doy un baile de disfraces. El Gral. Manssion y su esposa han llegado pero aún no los he visto. No puedo dejar de reiterar a V. M. la gran estimación que nos inspira el carácter consciente y honorable y el estricto amor al deber del Gral. L'Herillier. Durante los dos meses que ha manejado los asuntos se ha desplegado una gran actividad y fueron, justamente, los meses de la fuerte crisis que atravesamos, pues el mariscal partió la víspera del pronunciamiento de vicario.

El Gral. L'Herillier está dispuesto a continuar al servicio de México; como tengo mi parte de responsabilidad en esta decisión me

dirijo de nuevo a V. M., para pedirle que, si es posible, acceda a ello, Los mexicanos lo quieren, lo respetan y esto es mucho decir.

Hace poco, dos ministros me hicieron el elogio de su justeza y de sus buenos procedimientos. Hasta ahora sólo al Gral. Brincourt habían elogiado así. A propósito de éste no puedo dejar de renovar mi pesar al ver que no se lo emplea más activamente, pues varias personas que lo conocen de cerca me han confirmado la opinión que tenía sobre su capacidad militar fuera de lo común, cosa que, por otra parte, justifica la particular bondad que tiene para con él el emperador que sabe juzgar a los hombres. Sólo se comenta que a raíz de ciertos acontecimientos del año pasado se ha agriado un poco, cosa que se percibe en las pocas relaciones que fomenta.

Por el último barco he enviado a V. M. un álbum de fotografías de ruinas mexicanas que creo pueden ofrecerle algún interés. El capitán Garcin y su esposa, Sra. Montholon, vuelven a Francia por ese barco. Si V. M. desea conversar con Mr. Garcin le relatará muchas cosas interesantes; es un joven sensato, de buenos sentimientos y justo en sus apreciaciones. Bajo todos los puntos de vista, creo que su esposa no ha elegido mal pues parece de sólidos principios y la pareja hasta ahora es muy feliz. Recomendando a estos dos jóvenes a V. M., pues como se casaron bajo nuestros auspicios, naturalmente me interesa su porvenir. Mr. Garcin piensa ver al mariscal Forey en Lorena.¹⁵

(Carlota)

¹⁵ Carta inconclusa, original en francés.

NAPOLEÓN FELICITA A MAXIMILIANO
POR SU ACTITUD EN LOS BIENES DEL CLERO

París, marzo 1º de 1865

A V. M. el emperador Maximiliano

Señor, hermano mío:

Debo contestar varias cartas que V. M. me ha escrito. Para comenzar tengo que felicitaros por la energía que habéis demostrado en el asunto de los bienes del clero, lamentando que al llegar al suelo mexicano no hayáis considerado la cuestión como hecha por el gobierno provisorio, así no habríais tenido que soportar la animosidad de una parte del clero. Pero ahora que la decisión está tomada, es necesario redoblar la energía y la firmeza y emplear todos los esfuerzos para poner en ejecución la medida decretada.

Lamento mucho las ofensivas que todavía impiden la pacificación del país. Teniendo en cuenta este estado de cosas, hago escribir al mariscal Bazaine para que no reduzca más el ejército de ocupación. En cuanto al ejército mexicano creo que sería muy peligroso licenciarlo; no se conseguiría más que aumentar las filas de los disidentes. El jefe de escuadrón Loysel puede entrar al servicio de V. M.; se le ascenderá a teniente coronel, en comisión; el ministro transmitirá sus órdenes en ese sentido al mariscal Bazaine y, en cuanto a la interpretación del tratado de Miramar, creo recordar que al oficial francés se le concede preeminencia sobre el mexicano, sólo cuando tiene, por lo menos, el mismo grado. Pero, en la formación de los destacamentos mixtos es esencial no dar el comando a un oficial mexicano pues los oficiales franceses lo obedecerían a regañadientes.

Espero con impaciencia noticias de Oaxaca; con pesar me enteré de la derrota sufrida cerca de Mazatlán. Encuentro que las tropas se dispersan mucho y sería necesario que Sonora fuese pacificada únicamente por columnas mexicanas.

Estuvimos bastante intranquilos por las noticias de América.¹⁶ Sin embargo, parece que la guerra se dilatará todavía largo tiempo y, cuando reine la paz, Estados Unidos pensará dos veces antes de declarar la guerra a Francia y Gran Bretaña.

Agradezco a V. M. el envío de la nueva orden que ha creado.

Mr. Fould se ocupa del nuevo empréstito. Al volver a recomendar a V. M. que demuestre energía, que resuelva rápidamente las cuestiones de organización, que emplee soldados mexicanos en la reparación de los caminos, le renuevo la seguridad de los sentimientos de alta estimación y sincera amistad con que soy el buen hermano de V. M.

Ruego a V. M. presente mis homenajes a la emperatriz.¹⁷

Napoleón

¹⁶ Se refiere a los Estados Unidos.

¹⁷ Original en francés.

NAPOLÉON RECOMIENDA A BAZAINE
NO DISPERSE SUS TROPAS

Marzo 1º de 1865

(A S. E. el mariscal Bazaine)

Mi querido mariscal:

Hace mucho tiempo que no os he escrito porque todo parecía caminar en garruchas y, por otra parte, el ministro de la Guerra os trasmitía mis órdenes. Hoy día las cosas me parecen más sombrías y os escribo, primero, para autorizaros a guardar en México todas las tropas que tenéis en él y para recomendaros de no esparcirlas mucho. No es sin aprehensión que veo ciertos destacamentos dirigirse hacia la Sonora.

¿No se podrían formar columnas enteramente mexicanas las cuales se moverían a cierta distancia alrededor de un centro que ocuparíais? No tengo miedo de una guerra con los Estados Unidos, primero, porque felizmente no piensan en firmar la paz y, después, porque, aun en este caso, no se atreverían a declarar de una vez la guerra a la Francia y a la Inglaterra. Sin embargo, se necesita tener siempre los ojos abiertos por este lado y conservar en la mano un número respetable de tropas.

Sigo con mucho interés vuestras operaciones delante de Oaxaca. Quiera dios que consigáis la victoria sin experimentar demasiadas pérdidas.

El 1º de enero por la mañana recibimos vuestras felicitaciones con motivo del año nuevo; es una memoria a propósito.

Decid al ejército cuán feliz soy por su buena conducta y recibid,
mi querido mariscal, las seguridades de mi amistad.

Napoleón

EUGENIA ACONSEJA A CARLOTA
RESPECTO A LA DISPUTA CON EL VATICANO

Tullerías, marzo 1º de 1865

A V. M. la emperatriz Carlota

Señora y muy querida hermana:

Me he ocupado de conocer la posición de Mr. B. (Boyer) y si había forma de hacerlo regresar ascendiéndolo, pero lamentablemente hace poco se le ha promovido y es difícil hacerlo volver sin un motivo; sin embargo, no olvidaré lo que V. M. ha escrito.

Era de prever la carta que acabo de recibir pues la decisión del emperador debía hacerse sentir; pero me siento feliz de ver que VV. MM. conservan la tranquilidad y, por lo tanto, la decisión; ya es tiempo que la autoridad haga sentir a todos que está terminada para siempre la era de los pronunciamientos.

Hacemos todo lo posible para que Roma comprenda que es absolutamente necesario llegar a un arreglo y, según las últimas noticias, no se estaría lejos de concluir el concordato sobre las bases del de España; digo esto en forma muy confidencial pues no estoy completamente segura de su autenticidad.

El artículo sobre libertad de cultos puede estar en el código civil, pero Roma no puede admitirlo como artículo del concordato; en pocas palabras lo aceptará pero jamás lo sancionará. Creo también que si VV. MM. ajustan los haberes del bajo clero y éste comienza a recibir emolumentos sobre la renta de los fondos que deben percibirse de la revisión de las ventas, éste se separará del alto clero que era el único

que hasta ahora gozaba de grandes riquezas; así se facilitará la solución.

El nuncio de aquí cree que monseñor Meglia tiene suficientes instrucciones para poder actuar si quiere, pero, como ya se lo dije a V. M., su carácter no se adecúa a las medidas de conciliación; durante su estadía aquí, el clero se quejaba mucho de él.

Espero que el próximo correo nos traiga mejores noticias. Me han dicho que Mr. Thiers quiere pronunciar un violento discurso sobre México, pero Mr. Corta ha visto y hablado a muchos diputados lo que dio buen resultado; creo, entonces, que hará como el año pasado o quizás no diga nada si encuentra el terreno preparado en contra.

Ruego a V. M. me disculpe si expreso mi pensamiento con toda libertad; espero que no veáis otro motivo que mi interés por VV. MM. y por la nación mexicana.

Ruego a V. M. crea en los sentimientos con que soy la muy devota hermana y amiga de V. M.¹⁸

Eugenia

¹⁸ Original en francés.

EUGENIA OFRECE QUE POR EL MOMENTO
NO SE REDUCIRÁ EL EJÉRCITO FRANCÉS

(Marzo de 1865)¹⁹

A V. M. la emperatriz Carlota

Señora y muy querida hermana:

Me queda poco tiempo para contestar la carta de V. M. que acabo de recibir.

El emperador me dice que por el momento no habrá más reducciones en el ejército. Es verdad que las circunstancias se han hecho más difíciles, pero toda medida política importante trae consigo momentos penosos que sólo pueden superarse con calma y energía.

Espero que el próximo correo nos traiga noticias de la toma de Oaxaca y V. M. verá, entonces, uno de esos cambios tan frecuentes en un país tan desorganizado. Las noticias de hoy llegan en mal momento, consecuencia de la Cámara y de las cuestiones financieras, pero ya hemos pasado por muchas peripecias de ese tipo.

Temo que la idea de licenciar al ejército mexicano aumente el número de guerrillas, lo que sería enojoso sobre todo desde el punto de vista europeo, pues se querría dar un carácter político a lo que es una verdadera cuestión de bandidaje.

V. M. puede estar segura que es un hecho indiscutible que el mariscal Bazaine es uno de los mejores soldados que tenemos y que conoce demasiado el precio del honor de Francia para querer arriesgarse a comprometerlo; pero, por numeroso que sea un ejército de ocupación,

¹⁹ Sin fecha, respuesta a la carta de la emperatriz Carlota de febrero 3 de 1865.

es imposible conservar todos los puntos de un imperio tan extenso, en consecuencia hay que esperar que se produzcan, de tanto en tanto, movimientos parciales.

V. M. sin duda me encontrará algo optimista, pero creo que es necesario serlo, pues, con frecuencia, según la serenidad que se demuestra en los dirigentes, las dificultades aumentan o disminuyen y no dudo que la calma de que dan prueba W. MM. ayuda al buen resultado de los hechos.

Mis saludos afectuosos al emperador y con toda rapidez me despido de V. M., asegurándole los sentimientos con que soy la afectuosa hermana de V. M.²⁰

Eugenia

²⁰ Original en francés.

CARLOTA MUESTRA GRAN CONFIANZA
EN LOS GRALES. DOUAY, L'HERILLIER Y BRINCOURT

Chapultepec, marzo 8 de 1865

A V. M. la emperatriz Eugenia

Señora y muy querida hermana:

Agradezco mucho a V. M. su amable carta del 29 de enero, la que me ha producido doble placer pues no me habla de su salud, lo que me prueba que los rumores que me habían afligido no tenían fundamento. Por otra parte, señora, si V. M. quisiera pasar el próximo invierno en país cálido y no teme al mar, sabe bien que existe uno donde sería recibida con los brazos abiertos y no solamente amada sino adorada. Si no fuese sumamente egoísta mi pensamiento casi desearía que V. M. estuviera en realidad enferma para que tuviésemos la satisfacción de curarla. Como no hay que pensar en eso, estoy contenta al saber que V. M. está bien y que no tiene necesidad de los cuidados de nadie.

Lo que me decís del nuncio me interesa mucho. Era lo que pensábamos; tenía sus cartas en reserva y jugó mal. Probablemente suponía que esperaríamos que su período negro hubiese pasado, pero, en lugar de eso, le tomamos la palabra y todos sus cálculos "han sido errados". En su época, Salomón dijo "que la piedra vuelve sobre quien la hizo rodar".

Presumo que dentro de algunos días el Gral. Douay llegará a París. V. M. querrá recordar que el triunvirato, en el que deposito toda mi confianza para los intereses de Francia y los nuestros, se compone de ese general y de los Grales. Brincourt y L'Herillier. Con estos tres hombres nos sentiríamos muy firmes frente a cualquier eventualidad

interior y exterior y estoy segura que la amistad de VV. MM. nos facilitará la tarea. Estamos consagrados en cuerpo y alma a México; contar con tres amigos, para gloria de Francia y seguridad del nuevo imperio, sería una bella y tranquilizadora perspectiva. No es pedir mucho, pues tenemos una masa de generales, pero me interesa más la calidad que la cantidad. Si debemos perder algunos, éstos los suplirán con creces.

V. M. se extrañará quizás al ver que me expreso en forma tan resuelta respecto a los generales; es una consecuencia de nuestra posición: el sentido de conservación y la observación se desarrollan cuando se está en medio de una gran empresa contando con pocos colaboradores y tengo tan desarrollado el hábito de ver y juzgar a los oficiales franceses que ni siquiera son generales que, sin hablarles, a primera vista, puedo decir cuáles son los más enemigos y distinguidos. V. M. puede creerme si le digo que hasta ahora todas mis impresiones se han confirmado. Es difícil decir si una persona es sabio o artista, por su cara; pero uno no se equivoca con los buenos militares y los buenos curas, pues siempre existe algo que decide la vocación y el ardor con que se actúa. El amor al deber y la devoción se ven desde lejos.

El mariscal continúa muy ocupado con su novia. Su sobrina Furesira repite en todas partes que no se casará pero yo lo creo hombre de demasiado corazón y demasiado honor para jugar con la simpleza de una joven frente a toda la sociedad y en sus propios salones. En el baile de disfraz, la Srita. Peña, así se llama, fue la reina; bailó dos cuadrillas con el mariscal, los lanceros y la habanera; después la acompañó al buffet y, por último, sus ayudantes de campo bailaron varios vales con ella. Personas bien informadas dicen que ya se ha hecho la petición de mano a una vieja tía de quien es la heredera y que esa tía pone trabas. Hace mal pues, además de su alta posición, el mariscal será un excelente marido, como lo ha sido para su primera esposa.

Parece que el Gral. Brincourt se dirige a Chihuahua donde estará a gusto y también nosotros. Al comandante Marechal de

Veracruz lo han matado estos días y deja su viuda y una hija. Había salido con 50 egipcios, lo que me pareció bastante imprudente y fue a dar en la guerrilla del Chato Díaz que nadie sabía estaba ahí, lo que prueba a V. M. que nunca se está seguro de nada. Como sucedió con el coronel Martín en la Estanzuela; no había elección, se trataba de matar a los adversarios o morir. El enemigo era cien contra uno. Es triste que el deber lleve a morir por tan poca cosa. Este es el peligro de las guarniciones débiles y diseminadas. Hace dos meses, dos oficiales de los zuavos cerca de Tulancingo y un comandante de cazadores de África, cerca de Mazatlán, también pagaron con su vida resultados que no valían la pena, sorprendidos por fuerzas superiores y por combinaciones inesperadas.²¹

(Carlota)

²¹ Original incompleto, en francés.

EL VATICANO REPLICA A MAXIMILIANO

Roma, marzo 9 de 1865

Al ministro Plenipotenciario de México
Roma

La carta que S. M. el emperador de México Maximiliano I ha dirigido con fecha 27 de diciembre último al Sr. Escudero, ministro de Gracia y Justicia y que ha sido publicada el mismo día en el *Periódico Oficial* del imperio, ha causado la más dolorosa sorpresa a todos los corazones católicos y ha sido para el padre santo una fuente de disgusto y de amargura.

Las comunicaciones de la nunciatura apostólica que llegaron acto continuo y la nota que V. E. mismo tuvo a bien dirigir el 8 de febrero al infrascrito cardenal secretario de Estado, no han podido disminuir en lo más mínimo los serios temores que el precitado acto ha hecho nacer, respecto de los graves peligros a que se encuentra expuesta la Iglesia católica en el imperio de México. El cardenal infrascrito, en virtud de las órdenes de su santidad, se ve, pues, obligado a llamar toda la atención de V. E. sobre un suceso tan deplorable y espera que las quejas legítimas y las justas reclamaciones de la Santa Sede apostólica, sean favorablemente acogidas por el nuevo monarca.

Antes de todo, el infrascrito cardenal no puede dispensarse de hacer notar dos aserciones que contiene el exordio de la carta imperial, aserciones que parecen destinadas a servir de base y de fundamento para las medidas contrarias a la Iglesia católica enunciadas en dicho documento y que tienden al mismo tiempo a hacer recaer sobre el augusto jefe de esta Iglesia una responsabilidad tan odiosa como injusta.

La primera se refiere a negociaciones que se pretende haber sido entabladas en Roma entre S. M. y el soberano pontífice, para encontrar un medio que, al mismo tiempo que satisficiera las justas exigencias del país, restableciera en todos los habitantes del imperio la paz en los espíritus y la tranquilidad en las conciencias. Si se considera la exposición sencilla de tal afirmación, podría creerse que durante la estancia de S. M. en Roma hubo negociaciones para el arreglo de los asuntos religiosos de México, pero si se examina el contexto en su relación con las medidas que se enuncian, se encuentra que podría hacer creer a las personas, que no conocen a fondo las máximas y los principios de la Santa Sede, que las negociaciones tenían precisamente por objeto los puntos enumerados en la carta imperial; como si porque el padre santo hubiese retirado su adhesión a lo que se hubiera concertado de común acuerdo con el emperador, éste se hubiera visto obligado a decidir por su propia autoridad lo que hubiera sido propuesto en Roma con el consentimiento del padre santo mismo.

Ahora bien, S. M. no puede haber olvidado que durante su corta estada en esta capital, no tuvo lugar ninguna negociación relativamente a los asuntos religiosos de México y' menos todavía a los puntos indicados por el emperador en su carta al ministro Escudero; puntos que jamás habían indicado a persona alguna antes de la llegada del nuncio apostólico a México. De lo que precede, no se sigue que no deseara tener una conferencia el padre santo con el emperador para entenderse con él sobre los puntos principales de la cuestión eclesiástica; pero, bien sea por causa del tiempo demasiado corto que S. M. tuvo a bien pasar en Roma o por otros motivos que no es necesario recordar, S. S. hubo de comprender que el emperador no tenía intención de abrir negociaciones sobre los asuntos religiosos de México y de limitarse, por consiguiente, a recomendar en general a S. M. el porvenir de la religión católica en el nuevo imperio.

La segunda afirmación, por la cual manifiesta el emperador que, con extremada sorpresa suya, el nuncio le había hecho saber que carecía de instrucciones no es más fundada que la primera. Deteniéndose en el sentido natural y preciso de las palabras sin recordar la prudencia

y el juicio de la Santa Sede, sería necesario creer que el padre santo ha enviado a México a su representante, sin darle las instrucciones y los poderes relativos a los diversos puntos concernientes al arreglo de los asuntos religiosos y había derecho para inferir, naturalmente, que el padre santo no se interesa de modo alguno por dicho arreglo o que falta completamente de miramientos hacia el nuevo soberano.

Semejante suposición sería poco legítima y poco conforme a la verdad; para convencerse de ello basta reflexionar sobre el objeto que los soberanos pontífices se proponen al enviar sus representantes a los países católicos; sobre la solicitud con que la Santa Sede tiene por costumbre atender a la paz y la tranquilidad de conciencia de los fieles; en el interés que tiene la Iglesia de defender sus derechos; en los resultados ventajosos, en fin, que la presencia y la autoridad de los nuncios apostólicos han producido constantemente en todos los tiempos y en todos los países de la cristiandad.

En cuanto a la pretendida falta de instrucciones del nuncio apostólico en México sería imposible explicarse la extremada sorpresa de S. M., si fuera necesario relacionarla con los diferentes artículos propuestos por el emperador y reproducidos, en parte, en la carta imperial precitada; no solamente porque de esos artículos no ha tenido jamás conocimiento la Santa Sede, como antes he indicado, sino, sobre todo, porque ha debido estar informado S. M. antes de la llegada del nuncio apostólico, de que las instrucciones de que iba provisto eran muy diferentes de las que el emperador parecía esperar.

V. E. debe, en efecto, recordar perfectamente el contenido de la nota que el infrascrito cardenal le dirigió el 26 de septiembre del año último para anunciar el nombramiento de monseñor Meglia al alto cargo de nuncio apostólico cerca de S. M. el emperador de México. Hubo cuidado de indicar explícitamente en dicha nota, las bases de la misión del nuevo representante de la Santa Sede, tanto en lo relativo al derecho exclusivo de la religión católica, como en lo que se refiere a la libertad completa de los obispos en el ejercicio de su ministerio pastoral, al restablecimiento de las órdenes religiosas, a la defensa del patrimonio

de la Iglesia y de los derechos que de aquí se derivan y a la restauración, en fin, de la disciplina eclesiástica.

Ahora bien, habiendo precedido más de un mes a la llegada del nuncio apostólico a México, esta nota que contenía la enumeración explícita de las bases de la misión de monseñor Meglia —bases diametralmente opuestas a las que propone S. M.—, S. M. el emperador ha tenido todas las facilidades necesarias para conocer cuáles eran en su esencia las instrucciones de este último y así es que la sorpresa que se manifiesta en la carta imperial forma singular contraste con la existencia de la nota referida.

Después de estas explicaciones V. E. comprenderá fácilmente con cuánta razón el nuncio apostólico, ya en la primera audiencia que el emperador le concedió, ya en la que le dieron después S. M. la emperatriz y el ministro de Gracia y Justicia, haya expresado constantemente la admiración que le causaban las bases adoptadas por el gobierno para el arreglo de los asuntos religiosos, bases que él había declarado desde el principio opuestas a las ideas y a las esperanzas de la Santa Sede.

V. E. comprenderá también que, conociendo perfectamente el nuncio las intenciones del padre santo, no ha podido usar otro lenguaje en las distintas conferencias celebradas con este objeto y tanto es así que, en la nota oficial dirigida el 25 de diciembre de 1864 al ministro de Gracia y Justicia contestando a otra nota del día anterior, pudo declarar francamente que en la audiencia que le concedió el 17 S. M. el emperador, después de haber leído el proyecto que le presentó S. M., se vio en la necesidad de contestar, sinceramente, que sus instrucciones eran de todo punto arregladas al tenor de la carta de su santidad al emperador y ha reproducido y explicado lo mismo en las conferencias subsecuentes con S. M. la emperatriz y con el ministro de Gracia y Justicia.

La conducta y el lenguaje del representante de la Santa Sede. no podían, en efecto, ser diferentes; expresamente encargado por el padre santo de defender y amparar el derecho exclusivo de la religión católica en un país eminentemente católico, no habría podido admitir, por cierto, como base de negociación la tolerancia de todos los cultos,

porque la Santa Sede, en sus tratados con los gobiernos de las naciones de distintas creencias, no ha reconocido jamás en principio semejante tolerancia; limitándose, sólo allí donde de hecho existe, a exigir garantías de que no ocasionaría perjuicio alguno a la religión católica. La nación mexicana considera como una de sus glorias más bellas, el no haber admitido nunca otra religión que la verdadera y la historia de estos últimos tiempos nos demuestra cuáles han sido los resultados de las diversas tentativas hechas por los enemigos de la Iglesia para introducir en México la libertad de cultos.

Semejante medida, que la situación actual de México no reclama y que, por el contrario, rechaza el voto unánime de las poblaciones, no sólo ofrecería un ejemplo funesto a las demás naciones y gobiernos de la América meridional, sino que atraería sobre México una serie de calamidades y en vez de facilitar el arreglo de los asuntos religiosos, no conduciría sino a debilitar progresivamente la fe católica y a destruir para siempre la disciplina eclesiástica.

Abordando ahora la cuestión de los bienes de la Iglesia, todo principio de justicia exige que el patrimonio eclesiástico y los derechos inherentes al mismo, sean respetados y garantizados por el poder civil. La naturaleza de la Iglesia, sociedad verdadera y perfecta, independiente y distinta del poder civil lo exige, lo reclama la independencia de los prelados y los demás ministros del altar, lo pide el sostenimiento y el poder de los pobres, lo quieren, en fin, los intereses del orden social, porque este orden está amenazado seriamente dondequiera que se autoricen el despojo violento y la usurpación del bien ajeno.

No sería, pues, posible que la Iglesia católica cediera al Estado todos sus derechos sobre el patrimonio eclesiástico y menos aún podría la Santa Sede consentir que a una dotación libre e independiente le fuese sustituida otra que dependiera del tesoro público y pusiera a los ministros de dios en una condición semejante a la de los demás funcionarios del Estado. Ciertamente no era esto lo que esperaban los obispos y el clero mexicano cuando, unidos a todos los ciudadanos del país, elevaban a dios sus oraciones para que apresurara la llegada del

soberano llamado por ellos al trono imperial; soberano a quien pedían, por el contrario, que destruyera con mano firme y poderosa la obra de la revolución y devolviera a la Iglesia el pleno ejercicio de sus sagrados derechos.

En cuanto a los diezmos, los derechos de estola y otros emolumentos análogos, satisfechos ordinariamente por la piedad de los fieles con motivo de la administración de los sacramentos, son también derechos propios del santo ministerio, que la Iglesia ha querido en todas épocas garantizar y cuyo ejercicio ha arreglado siempre. Ellos abren ancho campo a la piadosa generosidad de los fieles, que reciben de la Iglesia gracias y beneficios de un orden sobrenatural y permiten, al mismo tiempo, a los ministros del santuario vivir, como es justo y como tienen derecho, de las fatigas y sudores del ministerio pastoral.

Podrían hacerse observaciones parecidas a las que preceden, sobre las otras bases propuestas por S. M. al nuncio apostólico y que se refieren a las órdenes religiosas, a los registros civiles, a las inmunidades y a los cementerios. Pero absteniéndose, para no ser demasiado difuso, de examinar el valor de estos artículos que no están suficientemente definidos, por otra parte, en el proyecto de S. M., el infrascrito cardenal no puede menos de fijarse particularmente en la quinta de las bases propuestas por el emperador, según la cual "él y sus sucesores gozarán *in perpetum* de todos los privilegios y de todas las prerrogativas que disfrutaban los reyes de España, respecto de las Iglesias existentes en los dominios españoles de América".

V. E. no ignora que a excepción del derecho de patronato sobre los beneficios eclesiásticos concedido a los reyes de España por Julio II, de santa memoria y de algún privilegio especial consignado en otras actas pontificias, cualquiera ingerencia que se haya pretendido ejercer en las cosas y en las personas eclesiásticas, no ha sido sino una usurpación siempre rechazada y condenada por la Santa Sede. Tampoco ignora V. E. con cuánta energía se han puesto los pontífices romanos, en todas épocas, a la reproducción de semejantes abusos por parte de los gobiernos que han sucedido a España en las diversas repúblicas de la América meridional; ni cómo

algunos de ellos, a pesar de los numerosos esfuerzos del espíritu demagógico de los partidos y de las máximas de una falsa filosofía, han hecho justicia a las reclamaciones de la Santa Sede. Rindiendo homenaje a su autoridad suprema han celebrado concordatos que han hecho desaparecer inveterados abusos, concediéndose algunos nuevos y legítimos privilegios a los jefes de aquellas jóvenes repúblicas.

El que suscribe tiene, por lo tanto, el deber de declarar que, distinguiendo los privilegios legítimos concedidos en otro tiempo a España, de la ingerencia abusiva ejercida de tiempo en tiempo sobre diferentes puntos relativos a las cosas y a las personas eclesiásticas, la dinastía actual del nuevo emperador no podría de ningún modo suceder en el goce de los primeros exclusivamente otorgados a la dinastía de Castilla y de León, sin obtener una concesión especial y nueva de la Santa Sede y, respecto de la segunda, todo acto del nuevo soberano de México, sería una verdadera usurpación tan injusta como censurable, contra la cual la Santa Sede no cesaría jamás de protestar y de reclamar contra una pretensión que tiende a destruir la autoridad de la Iglesia y a turbar el espíritu y las conciencias de los pastores y de los fieles.

Si se ve obligado el santo padre a notificar a la corte imperial de México, por medio del infrascrito, esta formal protesta contra un punto de tan alta importancia, no pretende, sin embargo, rehusarse de modo alguno a entablar negociaciones amistosas para establecer un acuerdo mutuo entre la Iglesia y el Estado para impedir la reproducción de estos deplorables abusos. Las instrucciones dadas al nuncio apostólico sobre todos los puntos de disciplina eclesiástica, tienen precisamente ese objeto. Dictadas por un espíritu de perfecta conciliación, deberán facilitar la solución de las cuestiones más difíciles y más arduas, como lo exigen los intereses bien entendidos de la Iglesia y del Estado.

En virtud de las precitadas instrucciones, el nuncio apostólico está autorizado para recibir del gobierno imperial todo proyecto de arreglo general de los asuntos religiosos, que responda a las necesidades reales y verdaderas de la Iglesia mexicana y que esté conforme con las máximas y los principios consignados en los diferentes convenios

celebrados con los gobiernos de las naciones católicas. La Santa Sede se hallará siempre dispuesta a acoger dichas proposiciones con benevolencia y fiel guardadora del poder que dios le ha conferido, para edificar y no para destruir, se considerará dichosa estableciendo y sancionando con el concurso de su autoridad, la unión y la alianza entre los dos supremos poderes.

Tal es la esperanza que aún alimenta el padre santo, por más que los últimos acontecimientos de México le hayan afectado muy profundamente. Su santidad cree firmemente que para devolver la paz a los espíritus, para calmar la inquietud de las conciencias, para asegurar la prosperidad de la Iglesia, para consolidar, en fin, el orden civil mismo, es indispensable de todo punto que los dos poderes se pongan enteramente de acuerdo y que la autoridad civil, respetando la autoridad de la Iglesia, reciba de ésta un seguro y poderoso apoyo.

El padre santo no puede suponer que S. M. educado en el seno de una familia católica, tan benévola siempre para la Iglesia, pueda desconocer jamás sus propios intereses y la misión real que dios le ha confiado. Espera, por el contrario, que S. M. abandonará la senda trazada en su carta al ministro Escudero y que evitará al padre santo la necesidad de adoptar las medidas oportunas para cubrir ante el mundo su responsabilidad como jefe augusto de la Iglesia, de las cuales, no sería ciertamente la última, la retirada del representante pontificio en México, a fin de que no fuera allí espectador impotente del despojo de la Iglesia y de la violación de sus más sagrados derechos.

El infrascrito cardenal, rogando a V. E. que haga llegar hasta el trono de S. M. las precedentes declaraciones del jefe de la Iglesia, aprovecha esta ocasión, etc.

Cardenal Antonelli